

¿Es una persona noble? ¿Es rica? Pues nunca tiene bastante salud para comer de vigilia, ó para ayunar: es preciso que se la dispense. ¿Pero aprobará Dios todas estas dispensaciones? Examina lo que has faltado en este punto: Guárdate bien de permitir que los que están á tu cargo se dispensen sin grave, y sin notorio motivo, porque te harás reo de su pecado.

2 No te contentes con las penitencias comunes, de que ningún cristiano puede lícitamente dispensarse, no ocurriendo grave causa para ello: hay otras particulares, que quizá no te serán menos necesarias, respecto de tus necesidades espirituales. La vista sola, solo el nombre de instrumentos de penitencia, aterra frecuentemente á muchas personas, á quienes no aterran las mayores maldades. Bien se les pudiera preguntar á muchos, si el número y la enorme gravedad de las culpas dispensa de este género de penitencias. Porque es cosa que llama la admiración la novedad que les causa, cuando un confesor celoso, al oír sus enormísimas culpas, tiene valor para imponérselas. ¡Cosa asombrosa! un jóven, una doncellita tierna dejan el mundo aun antes de haberle conocido, y van á conservar su primera inocencia entre los rigores de la penitencia mas austera, mientras aquel otro hermano suyo disoluto, aquella otra hermana desenvuelta, viven entregados al desórden, sin querer ni aun oír hablar de penitencia, ni de mortificación. ¿Será semejante la suerte eterna de unos y de otros? Consulta cuanto antes con tu director lo que debes observar en este punto. No des oídos á tu delicadeza, sino á tu religion, á tu conciencia, y á tu necesidad. Si te conservas todavía en la inocencia bautismal, la penitencia es como la sal que preserva de la corrupcion: si pecaste, no hay otro contraveneno que la penitencia.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES FAUSTINO, Y JOVITA, en Brescia, los cuales despues de padecer por Jesucristo muchas persecuciones en tiempo del emperador Adriano, recibieron como vencedores la gloriosa corona del martirio. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN CRATON, mártir, en Roma, que juntamente con su mujer y toda su familia fué bautizado por S. Valentin, obispo, y poco despues con todos ellos fué martirizado.

SANTA AGAPE, virgen y mártir, en Terni (en Hungria.)

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES SATURNINO, CASTULO, MAGNO, Y LUCIO, también en Terni (en Hungria.)

SAN QUINIDIO, obispo, en Vaison en Francia, cuyos continuos milagros testifican que su muerte fué preciosa delante del Señor.

SAN DECOROSO, obispo y confesor, en Capua.

SAN SEVERO, presbítero, en la provincia Valeriana de Italia, de quien escribe S. Gregorio, que por sus lágrimas resucitó un muerto.

SAN JOSÉ, diácono, en Antioquía.

SANTA GEORGIA, virgen, en Clermont en Auvergne en Francia.

SAN FAUSTINO Y SANTA JOVITA, HERMANOS, MÁRTIRES.

SAN Faustino y Jovita, hermanos, nacieron de una ilustre familia en Brescia, ciudad de Lombardia. Es probable que sus padres fueron cristianos: lo cierto es, que los dos santos hermanos desde su juventud eran muy venerados de los fieles; así por su vida ejemplar, como por el celo que mostraban por la religion. Pocos hermanos se han visto mas unidos en dictámenes, y en inclinaciones: sus corazones miraban á un mismo objeto, porque sus entendimientos se gobernaban por unos mismos principios. El espíritu de Dios que los animaba les quitaba el gusto á todo, menos á ejercitarse perpetuamente en santas obras: esta era toda su diversion, y todo su consuelo. Ocupábanse en visitar á los fieles que estaban ocultos por miedo de la persecucion: alentaban á unos, consolaban á otros, y hacian bien á todos.

Llegó á noticia de Apolonio, obispo de Brescia, que estaba escondido en un desierto vecino, durante aquella terrible tempestad, el valor y el celo con que los dos santos hermanos se empleaban en las referidas obras de caridad. Quiso verlos, y habiendo hallado en ellos aun mas virtud, y mas mérito que el que publicaba la fama, creyó que no podía hacer á su Iglesia mayor servicio que elevarlos al ministerio de los altares, confiriéndolos los órdenes sagrados. Dispusieronse para recibirlos con aquel fervor que merece, las gracias y los dones que acompañan al sacerdocio, en cuyo digno espíritu se imbuyeron. Faustino, que era el mayor, fué ordenado de presbítero, y Jovita de diácono. Salieron de su retiro los dos nuevos ministros de Jesucristo, como los Apóstoles salieron del cenáculo llenos del Espíritu Santo, y animados de aquel fervoroso celo, que en poco tiempo hizo maravillosas conquistas, convirtiendo gran número de gentiles.

La mayor autoridad que les daba el nuevo carácter aumentó tambien su fervor. Predicaban con tanto mayor aliento, cuanta era mas grande su reputacion, adelantándose ésta á ganarles las voluntades, y á rendirles los entendimientos; de manera, que apenas habia quien pudiese resistirse á su celo.

Al eco de las maravillas que obraban los dos nuevos Apósto-



S. FAUSTINO Y JOVITA MRS.

les, concurrían los pueblos vecinos, acudiendo en tropas á oír á estos oráculos. Los gentiles detestaban la superstición, y hacían pedazos los ídolos. Vióse mudado el semblante de la ciudad, siendo cristianos casi todos sus habitantes.

A vista de tantas conversiones no podía dejar de irritarse el enemigo comun. Armáronse todas las furias del infierno, para detener el rápido curso de tan gloriosas conquistas: ni era posible que un celo tan ardiente y tan eficaz dejase de encender el fuego de la persecucion.

Con efecto, el conde Itálico, grande enemigo del nombre cristiano, sabiendo que habia llegado á Liguria el emperador Adriano, fué á echarse á sus pies, representóle: *que mirase por su seguridad, y por la de todo el Imperio, pues una y otra peligraba, amenazándola inevitable ruina por la malignidad de dos hombres los mas perversos del mundo, puesto que eran los mas fieros enemigos de los dioses inmortales.* Sobresaltado estrañamente el emperador al oír una proposicion tan preñada, le preguntó: *quienes eran los tales hombres, y por qué medios, ó con qué artificios pretendian conseguir un intento tan vasto como depravado.*

Son dos ciudadanos de Brescia, respondió el conde: uno se llama Faustino, y otro Jovita: habilísimos ambos para engañar al pueblo, tan poderosos en palabras, y en artificios, que apenas abren la boca cuando todos los que los oyen dejan el culto de los dioses, arrojan al suelo los ídolos, pisanlos, hácenlos pedazos, y adoran á no sé qué judío, llamado Jesucristo, que dicen murió en una cruz. Ya han trastornado la cabeza á mucha gente honrada: los templos están desiertos, y la religion de nuestros padres va infaliblemente á ser esterminada, si vos, señor, no aplicais pronto y eficaz remedio. Salid á la defensa de los dioses, á quienes debéis la vida y el Imperio: dad incesantemente vuestras órdenes para que sean esterminados los cristianos.

Movido el emperador de este sedicioso discurso, creyó que no podía remediar mas eficazmente el soñado mal que amenazaba, que encomendando el remedio, con todos sus plenos poderes, al mismo que conocia tan bien las consecuencias. Esto era lo que pretendia el enfurecido conde; y así desempeñó la comisión con la mayor crueldad.

Partió á Brescia sin detenerse: apoderóse de los dos santos hermanos Faustino y Jovita; mandólos que al punto ofreciesen incienso á los dioses, ó que se dispusiesen para padecer los mas crueles tormentos. Pero la valerosa y firme respuesta de los dos

generosos hermanos le quitó desde luego toda esperanza de vencerlos. Mas como estaba para venir muy presto el emperador á la misma ciudad de Brescia, tuvo por conveniente esperar á que llegase, para consultar con él, qué suplicios y qué muerte se habia de dar á unos hombres de aquella calidad, y de aquella reputacion.

Informado el emperador del estado de la causa, ordenó que fuesen en su compañía al templo del sol, para asistir al sacrificio. Luego que los Santos entraron en el templo, la estatua, que era de oro bruñido, y muy resplandeciente, se puso mas negra que un carbon. Sorprendido el emperador, mandó que la lavasen; pero cuando iban los sacerdotes á limpiarla cayó á los pies de los Santos hecha polvo. Atribuyó el milagro á hechicería, y temiendo la cólera de los dioses, mandó que los dos hermanos fuesen echados á las fieras. Apenas entraron en el circo cuando soltaron cuatro leones para que los despedazasen; pero todos cuatro se postraron mansamente á los pies de nuestros Santos, halagándolos blandamente con las colas. A los leones se siguieron osos y leopardos; pero aunque los gentiles procuraban irritarlos, aplicándolos hachas encendidas, no fueron menos atentos que los leones. La funesta suerte del conde Itálico, y de algunos otros cortesanos, que bajándose á irritar á las fieras, fueron devorados por ellas, acreditó con prueba visible y dolorosa el poder del Dios, que adoraban los dos santos hermanos. Lo mas admirable que hubo en este suceso fué, que atemorizados los gentiles, y huyendo todos atropelladamente á sus casas, se dejaron abierta la puerta del circo con la confusion; pero los Santos mandaron á las fieras que se fuesen derechas á los bosques sin hacer daño á persona alguna, lo que ellas ejecutaron al instante.

Atemorizado tambien el mismo emperador, y temiendo alguna sedicion, salió de la ciudad; pero encaprichado siempre en el dictámen de que las maravillas que obraban nuestros Santos eran efectos del arte mágica, creyó neciamente que podia ser medio para hacer inútil su arte, el irles conduciendo por varias ciudades de Italia. Con esta estravagante aprehension mandó que fuesen llevados á Milan en compañía de uno de sus oficiales, llamado Calocero, el cual se habia convertido á la fe á vista de tantos prodigios. No es fácil espresar cuantos y cuan varios géneros de tormentos tuvieron que padecer, ni cuantas y cuan gloriosas victorias consiguieron. Llenáronles la boca de plomo derretido; moliéronles los huesos; abrasáronles los costados con láminas ardiendo. En este suplicio exclamó Calocero: *Rogad á*

Dios por mí, ó santos mártires, y pedidle me dé fortaleza para sufrir el rigor del fuego que me atormenta. Habiendo hecho oracion los dos hermanos, no sintió Calocero mas dolor, y pocos dias despues consiguió la corona del martirio.

Pasó el emperador desde Milan á Roma y á Nápoles, y ordenó que los dos santos hermanos le siguiesen en todas estas jornadas, sin advertir que era soberana disposicion del cielo, para que por este medio hiciesen nuevas conquistas en las tres mas famosas ciudades de Italia. En todas partes padecieron crueles tormentos por Jesucristo, y en todas su invicta paciencia, y las maravillas, que continuamente obraban, convertian á la fe innumerables gentiles. En fin, volviéndolos á conducir á Brescia cargados de palmas y de laureles, despues de tan repetidos triunfos, consumaron su glorioso martirio, habiéndoles cortado la cabeza fuera de la ciudad, en el camino que va á Cremona, hácia el año de Jesucristo de 122. Desde entonces los venera la ciudad de Brescia por patronos suyos, conservando sus preciosas reliquias en una urna de mármol, sostenida de seis columnas de la misma materia, en la misma iglesia que es titular de su nombre.

La Misa es en honra de los dos Santos, y la oracion es la que se sigue :

O Dios, que cada año nos das nuevo motivo de alegría con la festividad de tus bienaventurados mártires Faustino y Jovita; concédenos, que así como nos llenan de gozo sus merecimientos, así tambien nos inflame en la imitacion el fuego de sus ejemplos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 10 de la de S. Pablo á los Hebreos.

Hermanos : Traed á la memoria aquellos dias antiguos, en que ya iluminados, sufristeis una grande contienda de persecuciones : en unos hechos espectáculos de oprobios, y tribulaciones; y en otros estabais unidos como socios con los que padecian; pues os mostrabais compadecidos de los encarcelados, y recibisteis con gozo el robo de vuestros bienes, conociendo que teniais mejor, y mas permanente patrimonio (en el cielo). No perdais vuestra confianza, que espera grande remuneracion; pero para conseguirla os es necesaria la paciencia, á fin de que haciendo la voluntad de Dios, consigais sus promesas, entendidos, que dentro de breve tiempo vendrá

el que ha de venir sin tardanza por cuya fe vive el justo. (á coronar á los vencedores) :

REFLEXIONES.

Rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati magnum certamen sustinuistis passionum. Pocas almas hay en cuya serie de vida no se puedan encontrar algunas felices temporadas con que confundir su presente tibieza, ó cobardía, y á quienes no se las pueda decir : acuérdate de aquellos primeros años de tu inocencia, de aquellos dichosos dias tan serenos, tan llenos de dulce calma : trae á la memoria aquellos primeros tiempos, en que los claros resplandores de la gracia te hacian ver las verdades eternas á tan bella luz : aquel tiempo en que á favor de aquella penetracion que causa siempre en el alma la pureza de la conciencia, descubrias tan visiblemente la falsa brillantez, los mentidos trampantojos con que el mundo deslumbra siempre á sus parciales : aquel tiempo, en que con tanto gusto tuyo experimentabas que dulce es el yugo del Señor, y que ligera su carga : aquel tiempo, en fin, en que persuadido de la vanidad, de la caducidad, de la falsedad, de todo cuanto el mundo estima, en que tocando con la mano sus artificiosos lazos, sus apariencias tan floridas como risueñas, renunciaste tan generosamente las lisonjeras ventajas con que te convidaba, ó á lo menos te declaraste por el partido de la virtud, entablando desde entonces una vida tan regular, y tan cristiana. ¿Este rasgo, este recuerdo de la historia de nuestra vida pasada, podrá acaso servirnos de algun consuelo cotejado con la presente? ¿Darános por ventura motivo de algun sensible placer? ¡Ah! que por el contrario, quizá podremos decir con mucha razon con el Profeta : *Quomodò obscuratum est aurum!* (Thren. 4.) ¿Adonde se han ido aquellos hermosos dictámenes, aquellas sólidas máximas, que respiraban desengaño, que solo alentaban virtud? ¿Adonde se ha ido aquel primitivo fervor, aquella delicadeza de conciencia, aquella circunspeccion, aquella cristiana modestia? *Obscuratum est aurum.* Perdió su estimacion el oro, porque perdió su resplandor : *Mutatus est color optimus.* La enfermedad mudó del todo el color : mudase de librea siempre que se muda de amo. ¡Qué diferencia de costumbres! ¡qué máximas tan distintas! ¡qué lenguaje tan diverso! Con todo eso la religion es la misma, ella no se ha mudado. ¡Qué confusion, qué vergüenza nos debe causar esta relajacion! Todavía se conserva en ti, dice Dios en el Apocalipsi (c. 2.), todavía se conserva en tí alguna centella de reli-

gion, no se ha apagado del todo la fe; pero tengo contra tí, que has perdido tu primera caridad. Pues trae á la memoria el estado de donde caíste; haz penitencia, y vuelve á tus primeras obras, porque si no, mira que vengo á tí, y derribaré ese candelero de su lugar: *Nolite itaque amittere confidentiam vestram* (añade el Apóstol en nuestra epístola), *que magnam habet remunerationem*. No pierdas esa confianza, ese aliento con que al presente te hallas; mira, que será seguido de una grande recompensa. Causa admiracion, que haya quien desmaye, quien se desaliente, sirviendo á la vista de un amo tan poderoso como benéfico. Aunque se desencadenára contra nosotros todo el poder de las tinieblas, ¿qué podria contra la fuerza de su gracia, que no nos falta jamás? La confianza en Dios es un fuerte invencible contra todos nuestros enemigos. La vista del premio, que nos espera, conduce para vencer nuestra pusilanimidad; y la brevedad del tiempo, que nos resta, debiera servir para alentar nuestro fervor, y para esforzar nuestro aliento.

El Evangelio es del capítulo 24 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo anunciaba la destruccion de Jerusalem (figura del juicio universal), sentado sobre el monte de las Olivas, se llegaron á él en secreto sus discípulos, preguntándole: ¿Dinos cuando sucederán estos hechos? ¿y qué señales precederán á tu advenimiento, y consumacion del siglo? Ved no os engañe alguno, les respondió Jesus: pues vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy Cristo; y seducirán á muchos. Cuando oyeis rumores de guerras, y contiendas, no os turbeis, pues conviene sucedan estas cosas antes que llegue el fin. Se su-

blevarán unas gentes contra otras, un reino contra otro reino, y sucederán pestes, hambres, y terremotos por varios lugares: pero todos estos acontecimientos son principios de los dolores. Entonces os entregarán á las tribulaciones, y os darán muerte, y seréis á todas las naciones odiosos por causa de mi nombre. Entonces se escandalizarán muchos, se entregarán, y aborrecerán mutuamente; se levantarán muchos falsos profetas, y pervertirán á muchos: y porque abundará la iniquidad, se resfriará la caridad de no pocos: pero el que perseverare hasta el fin, éste será salvo.

MEDITACION.

De los frutos de la penitencia.

PUNTO PRIMERO. — Considera con cuanta razon nos recomienda tanto el Salvador, que nos guardemos bien de que nos engañen: *Videte ne quis vos seducat*. Con verdad se puede decir, que en materia de salvacion es muy ordinario caer en ilusion. Es muy ingenioso nuestro amor propio para alucinarnos: ¿y qué diligencias hacemos para que no nos engañe?

Hácense algunos ejercicios espirituales; practicanse algunas obras de virtud como para aturdirse, como para tranquilizarse sobre muchos puntos sustanciales, que piden necesariamente una absoluta reforma. Se ha pecado; y todos imaginan haber hecho penitencia; ¿pero donde están sus frutos? Toda penitencia infructuosa es nula. En vano se lisonjea el hombre de una penitencia exterior, si no está convertido el corazon.

Por frutos de penitencia no se entiende precisamente la maceracion del cuerpo, sino principalmente la mortificacion de las pasiones, y la reforma de las costumbres: estos son propiamente los frutos, que espera Dios de nuestra penitencia.

La frecuencia de Sacramentos, la oracion, las buenas obras son sin duda grandes medios para arribar á la perfeccion; pero si con tantos, y tan poderosos medios nos conservamos siempre imperfectos, siempre orgullosos, siempre impacientes, siempre envidiosos, siempre inmortificados, siempre coléricos, ¿podremos contar mucho sobre el uso de estos medios?

Las mortificaciones corporales son ejercicio de la penitencia; pero el fruto de esa penitencia exterior debe ser el vencimiento de las pasiones, la reforma de las malas inclinaciones del alma. ¿De qué sirve un exterior humilde, reformado, si el corazon está lleno de hiel, y si el orgullo es la pasion dominante?

Pero no basta llevar frutos de penitencia como quiera. Son tan ordinarias las adversidades de esta vida, son tan comunes las cruces, que se pueden llevar muchos frutos de estos, y con todo eso ser árboles estériles: es menester, que sean frutos dignos: *Facite fructus dignos penitentiae*. Es decir, frutos, que puedan presentarse al Señor, que sean gratos á sus ojos, que sean de su gusto. ¿Tienen esas calidades, son de esta especie los frutos que he llevado hasta aquí?

¿Esos ayunos tan mal observados, esas mortificaciones tan ligeras, y de tan corta duracion, esa mera apariencia, esa pura es-

terioridad de arrepentido, y de penitente, son otra cosa, que unos frutos fuera de sazón, que nunca llegan á madurar?

¡Mi Dios! ¡y cuan de temer es, que en llegando el tiempo de la cosecha, en que pedís una cuenta tan exacta, en que el Padre de familias examina tan escrupulosamente el producto de sus rentas! ¡y cuan de temer es, que en muchísimas cosas nos hallamos alcanzados!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la penitencia sin fruto es penitencia sin mérito. ¿Cuántos son los que padecen mucho, sin que Dios tenga que agradecerles sus trabajos? Hay innumerables afligidos, y hay rarísimos penitentes.

La vida religiosa es un ejercicio continuo de penitencia. ¿Y no será gran desdicha que se haya tenido una vida austera y penitente, sin fruto y sin provecho? Pero ¿qué provecho, qué fruto sacará de su vida el religioso tibio y relajado; el religioso que vivió en la religion embriagado enteramente con el espíritu del mundo? Llevar á costas por precisión una pesada cruz, y llevarla sin provecho, sin gustar los frutos que produce, ¡gran desgracia! No por eso se padecería mas, antes se padecería mucho menos, puesto que estos frutos, por amargos que parezcan, son en realidad muy dulces, de un gusto muy esquisito. Si no se toma el gusto á esta dulzura, es porque se busca el regalo en otra parte que en la cruz.

Ninguno hay que no tenga mucho que padecer en este mundo. En todos los estados se hallan cruces. No están mas exentos de ellas los que viven con mayores conveniencias. Son unas plantas que en todas partes nacen. ¿Por qué dejaremos perder sus preciosos frutos? Suframos por lo menos con paciencia, ya que no tengamos generosidad ni virtud para sufrir con alegría. Unamos nuestros trabajos con los de Jesucristo. Aceptémoslos como penas debidas á nuestras culpas: esta conformidad no los ha de hacer mayores: y de esa manera serán meritorios y harán parte de nuestra penitencia.

¿Cuanto dolor tendremos, si al cabo de la vida nos hallamos con los amarguísimos frutos de nuestras pasiones, de nuestras malas inclinaciones, de nuestras maldades, viendo entonces con cuanta facilidad podíamos coger los dignos frutos de nuestra penitencia? Mientras tanto el día va bajando, el tiempo de la cuenta se acerca, casi estamos ya tocando con la mano la sepultura. ¿Quién puede asegurarnos de lo contrario?

¿Qué frutos ha dado nuestra penitencia? Frutos secos y amargos, porque ni los ha sazonado, ni los ha hecho jugosos el riego

de la gracia. Frutos medio podridos, porque los avinagró el mal humor y el desabrimiento con que acompañamos la misma penitencia. Frutos inútiles por verdes, porque la inconstancia y la reincidencia no los dió tiempo para madurar. Esta es toda la provision que llevamos; esta toda la carga con que salimos de este mundo para emprender el largo viaje de la eternidad, y para comparecer ante el tribunal de Dios.

Señor, por vuestra infinita misericordia todavía estoy en paraje de hacer menos infructuosa mi penitencia. Confieso, que por áspera, por rigurosa, por prolongada que fuese, nunca correspondiera á mis maldades; pero con el auxilio de vuestra divina gracia, espero hacer de hoy en adelante frutos dignos de penitencia, y tales, que por vuestra infinita piedad os digneis de aceptarlos.

JACULATORIAS. — Bien sabeis, Señor, cuantas lágrimas me han costado ya mis culpas; mas no por eso dejaré de llorarlas amargamente todo el tiempo que me durare la vida. Dedicaré al llanto aun el tiempo destinado al reposo, y regaré con él el lecho del descanso. (*Psalms. 6.*)

Patente os está, Dios mio, lo único porque suspira mi afligido corazón, y testigo sois de mis ocultos gemidos, de mis reconcentradas lágrimas. (*Psalms. 37.*)

PROPOSITOS.

1 Asombro es, que los que están mas indispensablemente obligados á hacer mayor penitencia, sean por lo comun los que hacen menos. ¿Qué quiméricos imposibles, qué dificultades insuperables no se figuran, ó se alegan, cuando se trata de admitir una ligera penitencia por gravísimos pecados? Apenas se encuentra mujer del mundo, hombre disoluto, que tenga fuerza para ayunar: ¿qué digo ayunar? Aun menos se hallan, que no pretendan tener justísimos motivos para ser dispensados aun de sola la abstinencia. ¿Se habla de hacer algunas limosnas? Entonces salen las deudas, hay mucha familia, son escesivos los gastos de la casa. ¿Se propone el visitar siquiera algunas iglesias? Luego se alegan las ocupaciones, se ofrecen visitas indispensables; de suerte, que el día de hoy los mayores pecadores parece se juzgan casi absolutamente dispensados de hacer penitencia. Y siendo esto así, ¿como se pueden lisonjear de ser penitentes? Examina si has estado hasta ahora en este error. Guárdate bien, especialmente en el sagrado tribunal de la con-

fesion, de dar oídos á tu flojedad, á tu amor propio, á tu delicadeza. Considerate á los pies del confesor, como á los pies de Jesucristo. El es tu médico: no te toca á tí recetar los remedios. El es tu juez: no te toca á tí dar la sentencia en tu causa. ¿Qué señal de dolor son esas puntillosas dificultades, esas vanas excusas? Acepta con humildad y con sumision las penitencias, que te fueren impuestas. ¡Qué proporcion hay, buen Dios, entre la pena y la culpa! Pero si te juzgas obligado á representar alguna cosa, hazlo con tanto rendimiento, con tanta indiferencia, que aun en eso mismo se deje conocer puede mas en tí la religion, que la razon y aun la necesidad.

2 No te has de persuadir á que la penitencia que te impone el confesor te excusa de hacer otra penitencia. Aquella solo es como prenda de ésta; porque toda la vida del cristiano, especialmente del pecador, debe abundar en frutos de penitencia. Si no todos pueden macerarse con largas abstinencias, ó con otras rigurosas penitencias exteriores, á lo menos todos pueden mortificarse. Hay muchas especies de frutos de penitencia. Apenas hay cosa que no te ofrezca ocasion de mortificar tus inclinaciones naturales. Los humores, el genio, las mismas pasiones, hasta el mismo amor propio pueden contribuir á esta dichosa fertilidad. No hay tiempo, no hay lugar que no pueda dar ejercicio á la paciencia. ¿Tienes gran gana de ver ó de hablar en ciertas ocasiones? ¡Qué cosa tan bella bajar entonces los ojos y callar! Un dicho agudo, una zumba discreta pudiera acreditarte mucho en una conversacion; pero tambien puede ser materia de un bello sacrificio. Los verdaderos frutos de la penitencia son la conversion del corazon y reformation de las costumbres: con que debes hacer, que se conozcan estos frutos en tu modestia, en tu circunspeccion, en toda tu conducta. Donde no hay reforma, ni hay conversion, ni hay frutos de penitencia.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN ONÉSIMO, de quien escribió el Apóstol S. Pablo á Filemon, y despues de S. Timoteo consagró el mismo Apóstol obispo de Efeso, encomendándole la predicacion del Evangelio. Lleváronlo preso á Roma, en donde murió apedreado por la fe de Cristo; su cuerpo le enterraron en esta ciudad, y despues lo trasladaron á la ciudad donde habia sido obispo.

LA TRASLACION DE SANTA JULIANA, virgen y mártir, en Cumes de